

CAPÍTULO XXIV.

REGRESO DE COLÓN Á ESPAÑA.

NAVEGARON las dos carabelas en su derrotero á España con buen tiempo y viento fresco, hasta el día 11 del siguiente mes, hasta el día 11 de Febrero. Creíanse tal día, tras la navegación comenzada en Enero, cerca de costas, por haber visto muchas aves. No sabían á ciencia cierta dónde se hallaban. Creíanse unos en las Azores, otros en la Madera, otros en la desembocadura del Tajo y á las inmediaciones marítimas del monte bellissimo que se llama Cintra. Pero donde realmente, por su malaventura, se hallaron, fué dentro de una tempestad horrorosa, que les cayó encima el siguiente día, el 12 de Febrero. Parecióles extraña en verdad, y lo era por singularísima. Embarcados los descubridores del Nuevo Mundo tanto tiempo, desde la madrugada del día de su invención, del día 12, no habían tenido más contratiempo que la pérdida de su capitana en los bajíos de Haití, y este por descuido, por sueño, por confianza, en mar de leche con suave brisa, y compensado por una tan grande compensación como el encuentro con la noble amistad del cacique Guacanagari, así como con la exploración del territorio más fecundo en oro de cuantos habían visitado. Desde la madrugada del 2 de Agosto de 1492 á

la madrugada del 12 de Febrero de 1493 parecía que todos los genios benéficos del mundo se congregaban á impeler la navegación por un mar idílico, iluminado de una luz dulce, movido al beso de arrullos amorosos, como en cualquier égloga marina del poeta mediterráneo por excelencia, que se llama Teócrito. La fábula de Galatea en su concha de nácar, bajo cielo de añil, sobre mar de cristalinas ondulaciones donde se rompía immaculada luz, por los tritones alegres circuída, de las ninfas y sirenas acompañada, junto á costas llenas de perlas, vecinas del territorio helénico, sembrado de corales, se reproducía en aquellas noches del Trópico, henchidas por suaves aromas de una flora maravillosísima, é iluminadas por un cielo sembrado de constelaciones brillantísimas y aerolitos innumerables de un resplandor parecido, más que á cosas materiales, á un verdadero ideal. El soplo de las brisas era tan por extremo constante, que lo imaginaban venido siempre de un mismo lado, y opuesto, por ende, al regreso de los exploradores hacia España. ¡Cuántas veces, en la bienaventuranza de aquella navegación, á las altas horas de sus noches, cuando llovían del cielo gotas de luz con gotas de perfumes, y subían de las olas himnos sin término, el Almirante comparaba la superficie del mar á la superficie del Guadalquivir, y el olor al azahar, y el horizonte al cielo de Andalucía, faltándole tan sólo al goce completo de las voluptuosidades sevillanas, el cántico dulce de un ruiseñor enamorado! Y si á la vuelta, cuando les aguijoneaban los deseos de contar lo encontrado, sólo comparables á sus deseos por los encuentros, una tempestad horrible los asalta, júzgala continuación de las diabólicas sugerencias ingeridas en los objetos y en los cuerpos, según sentir del descubridor, por Satanás en persona, oponiéndose á que las nuevas tierras se descubrieran y tanto número de tribus se bautizaran. Una tempestad horrible les sorprendió, pues, del 11 al 12 de Febrero, tanto más temible, cuanto que las carabelas hacían por todas partes agua y no llevaban lastre. La ciencia entonces desconocía el mundo infinitamente

pequeño, revelado á nuestra vista por el microscopio. Y como desconocía el mundo infinitamente pequeño, ignoraba que los microbios tropicales iban carcomiendo aquellos barcos, cada día más maltrechos. Con tal ligereza, producida por la carcoma, junta con la ligereza producida por el deslastre de las carabelas, corrían como dardos entre los huracanes del aire y las trombas del oleaje. Todos los poetas á porfia pintaron las tormentas oceánicas. En la virgiliana *Eneida* corren las ráfagas tempestuosas sobre la mar antes tranquila, los cielos desaparecen tras las tinieblas tormentosas, las nubes se amontonan en tropel, culebrean los relámpagos por todas partes, retumba el trueno, flamean los rayos como látigos que hacen vibrar los dioses, tiemblan las cuerdas, se rasgan las velas, se rompen los mástiles, se desunen las tablas, los remos se tronchan, la popa y la proa se apartan divididas por los furores del agua, hierven las arenas, tiemblan las islas; y, entre tantos horrores, flotan fríos cadáveres, en cuyos desencajados rostros verdea la siniestra muerte. Colón describe con mucha sobriedad la terrible tempestad que había visto, bien al revés de Virgilio que describe con exageraciones una tempestad jamás por él vista. Los historiadores de hoy no han podido ver la tormenta sufrida entonces por el Almirante; pero dedúzcanla de la lectura y contemplación del *Diario* suyo, que pueden á la vista tener todos. Después de haber mucho relampagueado y venteado las noches anteriores, la del 11, la del 12 y la del 13, crecieron los vientos la noche del 14. Súbito cayó desde las alturas sobre aquellas frágiles carabelas espeso nubarrón, que parecía pesado como el plomo y obscuro como la ceniza; bajo la quilla estremecíanse las olas y chocaban unas con otras, como si en opuestas direcciones las impeliesen dos corrientes contrarias; por las velas y los cordajes corría un diluvio, cual si las aguas del mar se hubiesen transportado al cielo, y entre las tablas se abrían abismos, cual si perdurable noche se hubiese bajado á las aguas; montañas altísimas de base negra como las tinieblas infernales y de cumbres eléctricas como las

nubes tempestuosas, encrespábanse y deshacíanse, amenazando tragárselo todo en sus remolinos, batidas por los vientos, que parecían dobles y opuestos como las corrientes marinas; un trueno continuo lanzaban los abismos de arriba y otro idéntico los abismos de abajo; y así, en vano arriaron velas y recogieron cuerdas, arrostrando la tempestad á palo seco; la muerte se presentó á los ojos del marino descarnada. En poco tiempo se llevó el huracán á la *Pinta* por imposibilidad absoluta de resistir á la tormenta. Pusiéronle faroles desde la *Niña* toda la noche; al amanecer desapareció. Colón se creyó perdido.

Aquel descubrimiento suyo volvía de nuevo á inmergirse con profunda y silenciosa inmersión en los abismos del mar, sobre los cuales quedaban flotando las supersticiones antiguas para mejor precaverlos contra una curiosidad tan demente como la suya y que sería como la suya castigada por el airado cielo. Aquella gloria, con la cual soñaba, que había de poner su nombre inmortal entre los reveladores, hundiríase con el cadáver último que desapareciese á la vista, como una virgen ahogada la noche de sus nupcias, antes de haberse desceñido el velo nupcial. Sus dos hijos, á quienes llevaba la dignidad hereditaria de Almirante, una monarquía sin antecedentes ni ejemplos anteriores, arrancada por un milagro de genio á Reyes y á Pontífices por el pensamiento y la fuerza del heredero de un cardador, quedaban huérfanos y hechos unos tristes mendigos. Los bienhechores monarcas y los altos magnates, que le protegieran tanto, no lo recibirían, como él soñara cien veces, en sus brazos y no le aclamarían vencedor en sus primeras gozosas entrevistas. Aclamaciones de los pueblos, gracias de los monarcas, dones de la fortuna, riquezas jamás igualadas, poder y nombre como los suyos, todo lo devoraba el abismo. Un pensamiento debió también surgir en su alma consagrado á la mujer amante que lo retuvo en Córdoba con su amor y contribuyó á darle horas de felicidad y olvido entre los horrores de sus combates morales. Hecho este mental testamento en su fuero interno, volvióse

Colón á la providencia de Dios primero y después al tribunal de la Historia. En su fe de marino entraban mucho los votos; y no podían menos de entrar, puesto que correspondían ellos con sus creencias íntimas y con sus connaturales costumbres. Las olas del mar todo y los revuelos del aire marinero henchidos están de votos, cual de verdaderos ex votos llenos están los santuarios de las costas. No hay más que verlos cubiertos de poéticas ofrendas para comprender cuántas ideas religiosas el mar de sus hondos senos evapora y qué himno en sendos coros sin fin componen sus vientos y sus oleajes. El espíritu de Colón era por su naturaleza religioso, por su educación religioso, y religioso por su oficio. En medio de las tempestades volaba su pensamiento al cielo, cual esos pájaros marinos que suben allende las nubes tempestuosas y dominan con sus gritos el fragor de la tempestad. Su ingreso en la Orden Tercera, sus misas en el Monasterio franciscano, sus letanías acompañadas por los rumores oceánicos, el Avemaría en los dos crepúsculos del ocaso y del alba, el oficio leído tras todas sus siestas, la Salve cantada todas las tardes, el Rosario rezado todas las noches, dicen cuanta fe católica su pecho abrigaba y cómo los ejercicios connaturales á la vida santa de un monje se unían en él con los combates y las porfias connaturales á un marino. Así pensó durante aquella calamidad en la justicia divina; y creyendo azotes á la soberbia, en él engendada por tan milagroso descubrimiento, los culebros del relámpago, las ráfagas del huracán, los bramidos y levantamientos del oleaje, los diluvios del aire, los latigazos del rayo; creyó también desarmar la cólera divina con ofrecerle una penitencia pública de humildad y una peregrinación en camisa y de hinojos desde sus naves salvadas al primer santuario en su carrera encontrado. Luego pasaron por su mente las imágenes y las iglesias de su mayor devoción; aquella virgen de Guadalupe veneradísima en Extremadura y Andalucía, cuyo santuario en abandono y en ruinas aun hoy nos asombra; y aquella virgen de Loreto, invocada por todos los

italianos; y aquella Iglesia de Santa Clara de Moguer, á donde concurrían tantos marineros salvados de las asechanzas y de los horrores del voraz Océano. Toda la tripulación se asoció á estos recuerdos y á estas invocaciones. Todos los marineros quisieron participar de la voluntaria penitencia, ya que participaban todos del tremendo castigo. Así pusieron tantos garbanzos cuantos hombres había en el buque, y señalaron uno con cruz bien tallada por afilado cuchillo, para que aquél, á quien le tocara, fuese de romeraje á Guadalupe. Encerrados en un bonete y revueltos, metió la mano Colón y sacó el garbanzo de la cruz. Echóse la suerte para enviar un romero á Loreto y le tocó á Pedro Villa, marinero del Puerto de Santa María. Echóse luego la suerte para ir á Santa Clara de Moguer y también le tocó á Colón, el cual estuvo por la suerte y sus caprichos obligado á dos romerías y á dos penitencias, de lo que tuvo muchísimo contento, atribuyendo las preferencias en la elección de voto á predilecciones manifiestas del cielo. Y hecho esto con Dios, acordóse de los hombres. Y para que no pudiese ignorarse lo descubierto, escribiólo en medio de la tormenta, y envolviendo el escrito en hule y cera, encerrólo dentro de un barril, lo echó al mar deseoso de que flotara en las aguas el secreto y diera en manos de aquel á quien pluguiese al Eterno.

Era el 15 de Febrero cuando vieron tierra por delante, siquier ignorasen qué tierra fuese. Pero ver tierra en las circunstancias aquellas no equivalía de ningún modo á poder abordarla. Estaba la mar siempre altísima, y los marinos y el Almirante dando bordos con sumas angustias, como dice Las Casas. Tras muchos reconocimientos, entendieron hallarse delante de una isla que pertenece al grupo de las Azores. Colón parecía en estos momentos una sombra, según lo demacrado y macilentísimo. Como no había comido, ni dormido, ni preservádose de las humedades, manteniendo su vida por la sobreexcitación de sus nervios y por la fiebre de su sangre, andaba medio tullido de las piernas por los estragos de la humedad y del frío. Del 15 al 18 de Febrero estu-

vieron barloventeando sin poder arribar. Y, con efecto, en este día último arribaron y supieron que la isla, frente á cuyas costas se hallaban, era la conocida con el nombre de Santa María. Esperaba Colón de aquel territorio y de aquellos pobladores un cordial acogimiento. Salvado por modo milagrosísimo al embate de las olas, parecía tener algo de sobrenatural. Con los descubrimientos de nuevas tierras en su pro, tan útiles á todos los isleños de tal mar, debía prometerse triunfos en lugar de repulsas. En efecto; las primeras demostraciones aparecieron alegres y regocijadas, holgándose todos mucho con lo inventado por aquel descubridor extraordinario. Pero bajo tales algazaras y aleluyas escondíase una traición taimadísima. Á pesar de tener asentadas paces Castilla con Portugal, el Rey de este último Estado no podía resignarse á la idea de habersele ido entre las manos empresa tal como la colombina empresa. Ya en la partida de Colón le imputaban los susurros de la fama un propósito resuelto de impedir sus exploraciones, y á la vuelta se vieron clarísimas las añoranzas ingeridas en su propio ánimo por la imprevisión y por el descuido añejos. Pero en todos los procedimientos del monarca lusitano respecto de tal negocio se nota una perplejidad, explicativa de sus malogros y de sus marros, pues las grandes empresas piden siempre una grande y firme voluntad individual, así como la estrella norte de un ideal claro y el objetivo de un plan seguro. Don Juan de Portugal no tenía para qué dar tras de Colón al dolor de sus desengaños: muda conciencia la de tal monarca, si no le decía dónde radicaba la efectiva responsabilidad que trajo aparejada de suyo ante la historia esa comisión de su error y de su falta irreparables. Colón había mandado tres hombres á tierra, y no volvían, retenidos por lo muy gustosos que les parecían á los isleños sus maravillosísimos relatos. En cambio, dos enviados del capitán de la isla fueron á la carabela y llevaron gallinas con otras provisiones y refrescos á la tripulación. Hízoles mucha honra el Almirante, y les anunció como, en cumplimiento de un voto, irían la mañana próxima una mitad de sus marineros, en